

## Nuevas formas de socializar la cultura y la creatividad

*Santiago Eraso*



Actuación musical en el mercado de Kensington de Toronto.

Después de cuarenta años de entusiasmo y pasión profesional, a la vista de cómo se encuentra el sector cultural público, y después de mi última fracasada experiencia laboral en el Ayuntamiento de Madrid, comparto la idea de Peter Pál Pelbart cuando dice que para abordar el futuro hay que comenzar por aceptar cierto desencanto inicial. Soy un incorregible utópico con altas dosis de escepticismo. Así que empiezo por reconocer cierta decepción, incluso desencanto, pero asumo que esta posición inestable puede ser también la condición previa para continuar abordando nuevas ilusiones. Sobre todo, cuando muchos gestores culturales venimos de tiempos en los que conseguir abrir una guardería

pública, inaugurar una casa de la cultura o un teatro, regenerar un museo o poner en marcha un nuevo centro de arte era un logro social.

Existe cierta unanimidad sobre la importancia de la cultura. Parece que todos, con más o menos matices, estamos de acuerdo en que la cultura es un bien que debemos preservar y fomentar porque, en primera instancia, sus diferentes manifestaciones –la lengua, los usos y costumbres, la manera en la que concebimos nuestras relaciones personales (género, familia etc.) y sociales (ritos comunitarios, sagrados o profanos, fiestas etc.), las formas simbólicas (la música, la literatura etc.), la manera de vestir (jeans, velo, minifalda,

smoking etc.) o de alimentarnos conforman sustancialmente nuestras vidas y nos constituyen como seres humanos capaces de convivir en comunidad, para bien o para mal. Insisto también en esta valoración negativa, porque la cultura, entendida como entelequia abstracta no es más que un enunciado bienintencionado que puede contener también la peor cara de sus formas más opresoras. Aquello que Antonio Gramsci denominó la “hegemonía cultural”, como el conjunto de mecanismos mediante los cuales las élites normalizan y regulan la vida social, validan o censuran determinadas tradiciones o normalizan las formas de relación social dominantes; es decir, también las formas en las que se regula la vida a través de lo simbólico. Jaron Rowan en su *Cultura libre de Estado* menciona como ejemplo el caso del machismo de izquierdas. Recuerdo aquella vieja y tristemente célebre acepción del “reposo del guerrero”, referida a que en la vanguardia de las luchas políticas estaba siempre el hombre y, la mujer, en la retaguardia doméstica. A veces, pienso que, tampoco en esto hemos cambiado demasiado.

Cualquier cambio político de las estructuras de poder puede estar condenado al fracaso sino está acompañado por un cambio de las sensibilidades que animan el conjunto de la vida. Frente a esa cultura constitutiva, afortunadamente, la cultura también nos dota de sus mejores herramientas –el arte, la capacidad inventiva y de aprendizaje para combatir y transformar esa misma cultura cuando ésta se convierte en una cárcel que nos obliga a vivir una vida normativizada.

En este sentido, la imprenta, el progreso ilustrado, las luchas emancipadoras y de liberación –feminismo, antiesclavismo etc.– la evolución de las formas simbólicas (las

vanguardias artísticas etc.) nos permiten instituir nuevas narrativas políticas, otros imaginarios sociales o alterar cualquier proceso vital.

Desde esta premisa, en la mejor tradición a la que pertenecemos, al arte y la cultura siempre se han o habían considerado patrimonio popular –entendido como bien de interés general, por tanto, en cierto modo, protegido por el estado moderno, cuya última versión había sido hasta ahora el denominado del bienestar. En ese punto se sitúa el origen de los grandes museos populares históricos (Louvre, Prado etc.), las bibliotecas, archivos, teatros etc. en definitiva, toda la tradición cultural de las bellas artes que denominamos cultura ilustrada. Yo provengo de esa tradición y siempre he trabajado, primero en la biblioteca municipal de mi pueblo, más tarde en Arteleku y hasta hace poco en el ayuntamiento de Madrid, con vocación de servicio público, entendiéndolo que, efectivamente, el arte y la cultura deben ser bienes comunes protegidos.

Sin embargo, más allá de esta concepción idealista de la cultura, no debemos olvidar que el acceso y la producción de saberes, o la implicación social que podamos pedir a las ciudadan\*s está atravesada por una pesada carga histórica –en términos marxistas, materialismo histórico– que nos obliga a interrogarnos sobre su verdadero sentido democrático ya que, entre otras razones, la participación de los sujetos subalternos y sectores marginalizados de la sociedad está determinada por su condición de excluidos sociales –por aquello que sin vergüenza se denominaba como “condición de clase”–. Así pues, antes de proponer cualquier medida reformista de las políticas culturales, debemos entender que la cultura no es lo mismo para la hija de una emigrante latinoamericana, soltera

y con trabajo precario, que para el hijo de un magnate de la banca. Y esta es una cuestión que lamentablemente se olvida con demasiada frecuencia.

Por tanto, cualquier política cultural que podamos proponer tiene que tener muy presente que, a lo largo de estos siglos, la clásica concepción ilustrada, que considera que la cultura y el arte deben formar parte de los derechos sociales de todas las personas, ha estado seriamente afectada por graves desajustes estructurales de clase, género y raza, inscritos además en una concepción colonial que ha dejado y deja, a una parte del mundo fuera de ese “bienestar” eurocéntrico. Mucho más, cuando tras la irrupción violenta del capitalismo financiero postindustrial, que puso su ojo o mejor dicho su garra, en todos los aspectos de la existencia, la sociedad entera se ha vuelto una articulación de producción y nuestras vidas se convierten en el verdadero mercado. En consecuencia la cultura ha sido atravesada de lleno por la pulsión de consumo o, mejor dicho, por el consumismo exacerbado, muy diferente del necesario intercambio de bienes y servicios, consecuente con una vida digna (esta diferencia ha sido expuesta, de forma brillante, por el antropólogo y sociólogo Néstor García Canclini en su libro *Consumidores y ciudadanos* donde afirma que el consumo sirve para pensar, porque puede ser el lugar en el que ejercemos formas de selección y organización de nuestra vida, y por lo tanto puede ser también un lugar de ejercicio de la ciudadanía comprometida con otros modelos de producción y circulación de productos).

Además, tal como los primeros teóricos de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno o Marcuse) comenzaron a señalar, este capitalismo tardío organiza ese mercado utilizando la colaboración cómplice

de los estados como otro eslabón más de sus mecanismos de acumulación. No hay más que fijarse en la manera en la que han ido al rescate de los bancos especuladores o, en otro sentido, apoyan a las grandes industrias del ocio y la cultura o a las grandes corporaciones tecnológicas de la información y apuntalan las ciudades marca con sus excesos urbanísticos y arquitectónicos.

Lamentablemente, ahora que los recursos públicos son escasos, o, mejor dicho, los acumuladores de siempre y sus cómplices políticos han decidido que sean insuficientes, se tiende cada vez más a reducir el valor de la cultura a una cuestión de coste-beneficio y, en demasiadas ocasiones, su defensa se limita a proteger exclusivamente su valor como motor económico. Es decir, se la reduce a su condición utilitaria, despojándola de todo su potencial político –entendido como la capacidad democrática de las personas para construir las ciudades en las que queremos habitar– y, sobre todo, emancipador – como la suma de recursos comunitarios (escuela, vivienda, sanidad, trabajo digno etc.) que nos permitan vivir con dignidad la vida que deseamos vivir y no la que nos obligan a padecer.

Creo que nunca como ahora –cuando esta estafa neoliberal, denominada crisis, ha puesto patas arriba el sistema cultural público en Europa– son necesarias otras políticas para reformar de arriba a abajo el sistema cultural, pero si tenemos en cuenta que la cultura, como la vida, es también un campo de batalla, la cuestión sería determinar cuáles son esas políticas. Precisamente aquí es donde radica la verdadera razón de que las cosas sigan como estaban, porque ante la imposibilidad de construir un “consenso” paliativo –ya que entre los agentes implicados hay intereses



Espacio comunitario en el distrito XIX de París.

muy contrapuestos— los que siguen rentabilizando más los pocos recursos que quedan son los de siempre: las grandes industrias culturales.

Por tanto, si partimos de ese determinismo social y económico que también sitúa a la cultura en el centro de los procesos de acumulación capitalista, en principio, no es posible conformarse con “políticas culturales o medioambientales reformistas” porque todo el sistema es lo que está en juego. La reivindicación no puede sino ser radical: poner la cultura al servicio de esa vida que queremos vivir y no la que nos obligan a vivir, que diría el filósofo y activista Santiago López Petit.

Una y otra vez se trasmite que la única preocupación del mundo del arte y la cultura es el mantenimiento de su industria, y no la supervivencia de un ecosistema mucho más complejo que, además de mercancías, produce una vasta red de experiencias artísticas y creativas, co-

nocimientos científicos y humanísticos, recursos simbólicos y un extenso campo sensible para la experimentación, la curiosidad y la imaginación. Además, claro está, de bienes comunes, relaciones sociales, intercambio de saberes, costumbres populares, pautas de comportamiento y, sobre todo, herramientas de producción conceptual y tecnológica para su transformación.

La cultura, como la vida, es un campo de batalla. Son las condiciones materiales de producción y la posibilidad de dejarte enajenar por ellas o rebelarse contra ellas las que determinan las expresiones artísticas. Hace unas semanas, cuando Edu Maura, parlamentario vasco de Podemos, presentó en el Congreso la propuesta de creación de una mesa para el estudio de una ley de estatuto para el artista, mantuvimos una conversación en la que yo insistía en que la cuestión de la ecología es un tema central para pensar las



políticas culturales. Lamentablemente –le decía– el sistema cultural funciona con la misma lógica productivista, acelerada y consumista que el capitalismo impone en nuestras vidas; de hecho –insistí– es un espejo donde se reflejan sus mismas señas de identidad: competitividad, mercantilización, globalismo contrario al internacionalismo localizado, espectacularización, desregulación, flexibilización, individualización, precarización etc.

Si estamos de acuerdo en que las políticas ecológicas son sustanciales al cambio de régimen económico que puede impedir el cambio climático y todas sus consecuencias en la vida de nuestro planeta, también la ponderación responsable en la producción cultural debería serlo con la vida sostenible de las próximas generaciones.

Frente a la característica aceleración urbana de las grandes ciudades que determina también los ritmos desenfadados de la actividad cultural –véanse los debates sobre la movilidad y contaminación de Madrid o Barcelona– sería mucho más consecuente con las denominadas ciudades verdes, hacer menos, con más tiempo y con una mejor y más justa distribución de los recursos y de la organización de nuestra vida laboral y doméstica. Ricardo Antón y el colectivo ColaBoraBora nos propone que, ante el supuesto drama del fin del empleo y la paradoja de estar más ocupadas que nunca, debemos atrevernos a transitar hacia el paradigma de la vida activa de manera sostenible. Empezar por cambiar las formas de repartir el empleo y el trabajo, distribuir la riqueza, relocalizar la actividad productiva y organizar el tiempo.

En fin, no podemos seguir actuando con la lógica de la burbuja, como si no hubiera pasado nada estos últimos años. Es decir,

el futuro de la política cultural también debería enmarcarse en la confrontación consecuente con las grandes políticas económicas y sociales y las diferentes maneras de entender el mundo que hay detrás de ellas. La apuesta radical por una cultura democrática forma parte de las respuestas que nos damos cuando nos preguntamos qué mundo queremos.

En un reciente post de su blog, la artista Ohiane Altube, a propósito de su asistencia al Festival Salmón de Barcelona se preocupaba de que Barcelona en Comú –añadiría Ahora Madrid etc.– no comprendiese que las políticas que, con mayor o menor fortuna, está intentando instaurar en temas como la vivienda, la energía, el género, la educación etc. son completamente transportables al ámbito de la cultura. Si ni siquiera Barcelona en Comú comprende esto ¿qué esperanza nos queda? se preguntaba con todo el sentido.

Y cuando se preocupa en su posts sobre la precarización de los trabajadores culturales, más allá del estatuto y otras prerrogativas posibles, empieza a preguntarse, también en buena lógica, si con una Renta Básica Universal, o sea, con saber que podrá pagar parte del alquiler y parte de la comida mensual nos sería más fácil a todas: artistas, programadores, directores, público, etc. soñar y practicar con otros posibles, y generar maneras más múltiples y heterogéneas de creación, visibilización, transmisión. La Renta Básica Universal –decía– me empieza a parecer además una lucha que rompe con las jerarquías artista-público, que manda al garete los narcisismos y nos coloca a todas como ciudadanas por igual, más allá de profesión, ideología, religión, género.

Por tanto, ya no se trata tanto de subrayar de forma aislada los privilegios de

los artistas, sino de luchar por la reapropiación colectiva de los bienes comunes que las sucesivas fases de acumulación, denominadas crisis para hacernos creer que nosotros también somos culpables, nos han ido usurpando. Si las prioridades vitales de la existencia –comida, vivienda, sanidad, educación– estuvieran cubiertas por derecho –y no al contrario como señalan las tendencias hacia la privatización de todos los servicios– probablemente las relaciones con el trabajo estarían mucho más determinadas por el deseo que por la obligación.

Así pues, también la economía cultural es fundamental para determinar qué modelo de sociedad pretendemos; porque si, como se insiste retóricamente, queremos invertir mucho más en educación y cultura como derechos sociales, habrá que decidir también dónde menos, porque el café para todos, característico de la situación actual, no llega para todos y si lo hace, lo hace afectando más a eslabón más débil de la cadena de valor.

Desde mi punto de vista, debemos optar, sobre todo, por una cultura de valores sociales, ecológica y vinculada a su potencia pedagógica y transformadora. Una cultura que responda a una pregunta que hace unos meses se hacía la filósofa Marina Garcés, autora de *Un mundo Común*: ¿me importa lo que hago?, ¿nos importa a cada uno de nosotros lo que estamos haciendo? Una guía vital que abra la puerta a hacer y a comprometernos con aquello que realmente nos afecta; una cultura que nos constituye, por un lado, pero que también nos invita a instituir nuevas formas, expresiones y por tanto transformar el mundo donde vivimos.

Así pues, en esta batalla por el derecho a la cultura como bien común, me sitúo

al lado de aquellas políticas públicas que apuestan por:

#### **Cultura libre y democrática versus autoritaria y restrictiva**

- Entre un modelo gubernamentalista, basado en el autoritarismo tecnoburocrático de los procesos institucionales, mucho mejor una cultura ciudadana, a ser posible, pensada y producida por la propia sociedad civil; frente a una administración restrictiva, mucho mejor la autogestión o la corresponsabilidad subsidiada, pero no precarizada; mejor el fomento de la interacción autónoma de los agentes con una administración pública capaz de ponerse al servicio y en beneficio de los agentes creadores, mediaciones sociales, cooperativas de trabajo, pequeñas empresas, redes de producción independiente. Una cultura que tenga en cuenta los nuevos espacios relacionales generados en el marco del avance de las últimas tecnologías de la comunicación de dominio público (Internet, medios telemáticos de comunicación, etc.), favoreciendo la implicación activa y comprometida de la ciudadanía.

#### **Cultura ecológica y sostenible versus excesiva y productivista**

- Entre un modelo de cultura monumental y espectacular, basado en las ciudades marca y la propaganda institucional, en complicidad con las grandes industrias del turismo, el ocio y el entretenimiento, mucho mejor invertir más y mejor en pequeños y medianos equipamientos, y en proyectos que trabajan a medio y largo plazo que tiendan a generar programas más estructurales y menos coyunturales, pasajeros, efímeros



Interior de la Biblioteca Central de Ámsterdam.

de rápida obsolescencia. Pensemos mucho más en sostener y fomentar las redes, proyectos, espacios donde primen la cooperación, el bien común y el interés general, sin menoscabo del adecuado mantenimiento del conjunto del patrimonio.

**Cultura como derecho y bien común versus del privilegio y el lujo**

- Entre la cultura entendida como un privilegio para determinadas élites y otra que pueda estar también al alcance de las personas menos favorecidas, mejor una cultura que contribuya, por tanto, a ampliar los derechos sociales de la mayoría social y no el capricho y el lujo de las clases privilegiadas. Entre una cultura para las “grandes estrellas” de la industria con altos cachés, mejor invertir en la inmensa mayoría de trabajadores del arte y la cultura que han visto precarizada su vida

profesional hasta extremos, muchas veces, insospechados. Una cultura de alto rendimiento social que garantice el trabajo dignamente retribuido de los profesionales, artistas y mediadores. Es decir, repensar la cadena de valor de los bienes culturales para priorizar los derechos laborales ordinarios de los trabajadores culturales.

**Cultura para el aprendizaje y la transformación versus la ignorancia y la barbarie**

- Entre una política cultural que ceda el protagonismo al mercado y al consumo, mejor otra que incentive mucho más procesos educativos vinculados al conocimiento, la formación continua y la experiencia a lo largo de toda la vida; que acentúe, sobre todo, la participación de las generaciones venideras como clase emergente, infancia y juventud, sujetos activos y responsables de un futuro por venir

y que integre la creciente diversidad ciudadana, cultural, religiosa, de género, lingüística, entendiéndola como una oportunidad y no como una amenaza. Es decir, mucho más a favor de prácticas educadoras antipatriarcales, antirracistas y anticlastistas. Una cultura que no se piense sólo desde la autonomía de las bellas artes tradicionales, sino inserta en la construcción de lo social, es decir, construida desde la complementariedad y la cooperación interdisciplinar, pensada desde convergencia entre arte, cultura, educación, urbanismo, bienestar social, medio ambiente etc..

**Cultura de proximidad y subsidiaria versus centralizada y estatalista**

- Entre centro y periferia, mucha menos centralización y más localización. Se trata de trabajar mucho mejor en centros de proximidad para que, por ejemplo, la excelencia generada en los equipamientos emblemáticos de las ciudades no sea exclusivo y se desplace también a los centros culturales de los barrios. Por tanto, una cultura que impulse el desarrollo de proyectos de participación comunitaria y vecinal, dirigida a la creación de una ‘cultura de la participación’ arraigada en lo local, desde el empoderamiento social del tejido comunitario y sectores sociales excluidos. Un sistema cultural que

afecte mucho más a la permacultura y redes micro, más desde y para las redes ciudadanas, asociaciones de barrio, colectivos sociales, creadores, agentes y pequeñas y medianas empresas intermediarias y menos desde la maquinaria funcionarial del Estado o los lobbies de la gran industria del ocio y el entretenimiento.

En definitiva, frente a la política que apuesta por una cultura controlada por los aparatos del Estado, pero demasiadas veces al servicio de intereses particulares y partidistas, o por las ciudades marca al servicio exclusivo del turismo y el consumo, el derecho a la ciudad, que de forma acertada definió Henri Lefebvre, implica una concepción mucho más democrática y ecológica de la cultura en el marco de una economía social que permita la participación e implicación ciudadana en su gestión y que ponga el bien común en el centro de sus objetivos.

En fin, una cultura que promueva la construcción de otras subjetividades y procesos de liberación y contribuya al desarrollo pleno de las libertades democráticas y promueva una sociedad más justa de mujeres y hombres libres, como una manera integral de entender la democracia, tal como Raymond Williams, consciente de las implicaciones de la cultura en los procesos históricos y el cambio social, proponía en su *Sociología de la cultura*.

Este texto fue presentado por Santiago Eraso en el NON PROFIT ZARAGOZA que se llevó a cabo del 25 al 27 de noviembre de 2016. NONPROFIT ZARAGOZA ha sido la primera actividad de NON PROFIT LAB a través de una iniciativa conjunta de Fundación Kreanta y el Ayuntamiento de Zaragoza. NON PROFIT LAB es una iniciativa de Fundación Kreanta que tiene por objetivo promover la innovación y la cooperación en y entre las entidades culturales del tercer sector en España, así como la colaboración y participación ciudadana y social en sus proyectos. Más información en: <https://www.ciudadescreativas.org/non-profit-lab/>